

La Academia General del Aire

CARLOS GÓMEZ COLL
General de Aviación

MUCHO tiempo ha transcurrido desde que en septiembre de 1939 se crea la Academia General del Aire. Sobre todo ha sido un período de tiempo extraordinariamente denso, a juzgar por los acontecimientos políticos, sociológicos, tecnológicos y económicos que desde entonces se han producido en la Historia. Otras Academias y Escuelas son aún más antiguas y han pasado por análogas vicisitudes en el último medio siglo; ocurre, sin embargo que tales importantes acontecimientos han tenido lugar justamente en la etapa de nacimiento y crecimiento del Ejército del Aire.

Podría decirse que la velocidad a que se han producido tan profundas transformaciones no nos han dejado desarrollarnos en tranquilidad, nos han impedido hacer algunos altos, considerar y reconsiderar la rectitud o no del camino que seguíamos, reconocer los obstáculos con que nos tropezábamos y modificar nuestra andadura convenientemente para alcanzar las sucesivas metas sin desvíos importantes.

Estas líneas no pretenden constituir un análisis cronológico de las etapas marcadas por caracteres diferenciados, por las que ha atravesado la Academia General del Aire, arrastrada en su tarea por la propia dinámica de los acontecimientos. Hemos asistido probablemente a etapas jalonadas, también hemos soportado algunos errores; pero todas forman parte sin duda de su corta y gran historia, pues sólo en la capacidad para reconocer los propios errores y para salvar las dificultades que ellos entrañan, reside la posibilidad de continuar avanzando a pesar de todo.

En los Ejércitos como en los pueblos, el ser humano constituye

su mejor capital. El hombre es a la vez fin y medio. Fin, porque las estructuras de cualquier clase existen porque el hombre existe y se constituyen como tales para beneficio del hombre; medio, porque el hombre resulta ser su principal elemento, y como tal ha de gozar de atención prioritaria. Esta es precisamente la razón de ser de cualquier centro de formación.

Por eso, a poco de crearse el Ejército del Aire, nace también la Academia General. Probablemente resultaría difícil adivinar los procesos mentales que siguieron quienes contribuyeron a su creación y especialmente identificar qué clase de hombres quisieran obtener tras el período de formación por el que habían de pasar los aspirantes a Oficiales del Ejército del Aire.

Probablemente aún sin diseñar sistemáticamente el tipo de hombre que debía nutrir los cuadros de Oficiales del Ejército del Aire, estarían pensando en Oficiales estables emocionalmente, motivados, austeros, duros, pragmáticos, impulsivos y entusiastas, responsables, joviales, realistas y, sobre todo, autosuficientes, llenos de recursos.

Estos caracteres humanos, con independencia de las capacidades derivadas de la formación técnica y humanística definen bien al combatiente, y casi me atrevería a decir que algunos de ellos, como la autosuficiencia, la dureza y la posibilidad de echar mano de innumerables recursos son, si no privativos, sí ostensibles en el combatiente aéreo que en mayor número y en la genialidad de sus actuaciones va a encontrarse solo en la acción aérea, fiado él mismo y quienes le envían al combate a sus exclusivas capacidades.

Hay aún otra característica, común a cualquier Oficial y de la que



ha de participar por tanto el combatiente aéreo, que es su aptitud para manejar hombres. Y ésta es de la mayor importancia, pues de ella deriva necesariamente la orientación que haya de darse a la formación. Ningún Oficial estará capacitado para manejar hombres, para enviar a otro al combate, con la responsabilidad de todo orden que esta decisión lleva consigo si, antes, no está capacitado para manejarse a sí mismo, de la misma manera que nadie es auténticamente libre si no es capaz de controlar sus propios impulsos y emociones.

Con torpeza, sin duda, han quedado expuestas en las líneas prece-



El avión Mentor fue durante muchos años básico en la enseñanza de vuelo.



En los Ejércitos, como en los pueblos, el hombre constituye su mejor capital.

dentadas las claves, a mi entender, de lo que comúnmente llamamos formación integral, porque es lo más difícil de aprender e incluso de entender. La formación técnica y humanística y la formación física son resultado de capacidades previas y de aprendizaje intelectual o corporal garantizadas en la mayoría de los casos por los procesos de selección. La formación militar, la formación profesional del militar, y del militar aviador, comporta mayores dificultades, pues no se trata de obtener un profesional sólo en el sentido de mejor dominador que otros de técnicas y conocimientos, sino, también, en el sentido del

término "profesar", que significa cultivar y hasta abrazar una idea y una creencia.

Queriéndolo o no, entiendo que esa ha sido la base del sistema de formación en la Academia General del Aire, y el mejor medio, el conseguir la autodisciplina y la autosuficiencia necesarias para el Oficial. Aviador combatiente en su más amplio sentido.

El horario rígido, el cambio casi instantáneo de actividades dispares, el tiempo disponible para cada una, extraordinariamente medido cuando no apostado en exceso, la práctica de la instrucción táctica, la obligatoriedad de permanencia en los perio-

dos de estudio, la atención al aspecto físico, la disciplina y compostura externa, la rigidez en la uniformidad, etc., son factores, entre muchos otros, que van conformando día a día al Caballero Cadete y convirtiéndolo, poco a poco, en el Oficial combatiente del Ejército del Aire, capaz de valerse solo, por sí mismo, sin ayuda de nadie, tanto en la utilización de una complicada máquina de guerra, como formando parte de un comando lanzado en territorio hostil, siempre bajo unas condiciones de tensión difícilmente comparables con las que puedan encontrarse en el ejercicio de la mayoría de otras actividades.



La preparación técnica tiene cada día más importancia en la formación del oficial aviador.



La formación militar del oficial aviador ha de ser completa.

Este es el producto que la Academia General del Aire ha venido obteniendo a lo largo de su existencia. Pero hay que decir también que lo ha hecho en condiciones muchas veces difíciles. Sin duda, la ilusión, el entusiasmo y el espíritu de la mayor parte de sus cuadros de profesores, ha podido superar las dificultades, especialmente de orden personal y profesional, que siempre y sobre todo en sus primeros años se encontraban. Basta recordar que, históricamente, la mayor parte de los destinos de Profesor se han cubierto con carácter forzoso, por dificultades de vida

familiar, por una constante tensión compartida con los alumnos y por una tendencia irreprimible a la actividad en las unidades operativas, incluso más gratificantes, personal y profesionalmente, que la de enseñanza.

No ha sido fácil, ni es fácil ahora para la Academia General alcanzar el adecuado equilibrio entre la formación militar, la técnica y científica, la de humanidades y la específica. Podría decirse que esta última, especialmente, constituye el factor principal de desequilibrio potencial, pues su aprendizaje y práctica, fundamentalmente en cuanto al

vuelo se refiere, ejerce tal atracción en el aspirante desde el momento mismo de su nombramiento, y también en el Profesor, que llega, si no se modera convenientemente, a constituir objetivo principal si no único, de su actividad. Y puesto que la formación del Oficial ha de ser integral, tiene que conseguirse el aviador combatiente capacitado para integrarse plena y eficientemente en las unidades y el jefe, el mando del futuro llamado a conducir hombres y a desarrollar otras actividades en las unidades y organismos del Ejército del Aire. Sintiendo sin embargo que no son



El vuelo ejerce tal atracción, tanto en el alumno como en el profesor, que puede convertirse en factor desequilibrador de una formación integral.



La Academia como institución está configurando el Ejército del Aire de mañana.

actitudes contrapuestas sino más bien complementarias por ser necesarias, dando a cada faceta de la formación y de la actividad su adecuado valor y su carácter complementario, una de otra.

Repito ahora lo ya dicho: este es el producto que la Academia General del Aire ha venido obteniendo, aunque pueda esgrimirse en algunos casos lo contrario. Que haya tendencias dispares a lo largo de las respectivas trayectorias profesionales de algunos, incluso de varios, creo que no invalida la afirmación, que puede hacerse con carácter general.

Muchas veces se ha criticado esta o aquella cuestión concreta de nuestra Academia, producto tal vez de una iniciativa personal o de un irrefrenable afán crítico, tan extendido en el español. Y, naturalmente, que no todo han sido perfecciones; pero hay un dato extraordinariamente revelador y es que el mayor número de críticos se cuenta entre quienes nunca, desde que recibieron sus despachos, pasaron por San Javier. Hay que vivir aquella vida, hay que sufrir la monotonía de la enseñanza, hay que sentir la soledad del paisaje invernal del Mar Menor, al terminar la tarea diaria, hay que

soportar la tensión permanente de una estricta práctica de la disciplina y hay, en fin, que estar dispuesto a perfeccionarse personal, militar y profesionalmente, y después decidirse a formar parte del cuadro de profesores de la Academia, para contribuir a que los errores que se adviertan no se produzcan más.

Volvemos ahora al punto de partida. Nuestros hombres, nuestros Oficiales y Suboficiales son nuestro mejor capital. La Academia General del Aire, que tiene la responsabilidad de la formación de Oficiales, ha venido cumpliendo con su cometido con el trabajo, el entusiasmo, el espíritu y la ilusión de sus hombres, probablemente con defectos pero seguro que con entrega. Y en el esfuerzo de sus hombres, por lo menos de tanta entidad como en el resto de unidades y organismos del Ejército del Aire, ha de encontrar el apoyo y la contribución de todos, porque a todos nos va mucho en ello. Y por lo mismo, la Academia como Institución, y sus hombres, que en cierto modo, por tener en sus manos la formación de los futuros mandos, están configurando el Ejército del Aire de mañana, haré de contar con el respeto de todos y también con el agradecimiento de todos, pues lo que somos es producto de nuestro paso por allí.

Muchas veces me ha venido a la mente, y en alguna ocasión incluso he tenido el atrevimiento de manifestarlo, algo que a más de uno parecerá excesivo y hasta disparatado. Pero ahora ya caigo en la osadía de dejarlo escrito. Creo que cada vez que por nuestros despachos, nuestras oficinas, nuestras unidades, encontrásemos a un Profesor de la Academia General del Aire, tendríamos que ser capaces de depositar en ellos, con nuestro profundo respecto, el respeto que debemos al Centro del que salimos Oficiales. Y creo que habríamos de esforzarnos para que todos los profesores de la Academia lleguen a ser titulares de nuestro respeto, porque irradian efectivamente una profesionalidad, una humanidad y una autoridad moral en suma acorde con la importantísima misión que nosotros mismos le tenemos confiada.

Estas líneas, escritas como colaboración personal en el año del cincuentenario del Ejército del Aire, han querido ser, además, un homenaje, que reconozco apasionado sin poder remediarlo, a nuestra Academia General. ■